

JUEGOS DE CLOACA

JON ARRETXE



erein

JUEGOS DE CLOACA

17

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1ª edición: noviembre de 2015

Título original:
Estolda jolasak

Diseño de la colección y portada:
Cristina Fernández

Maquetación:
Erein

© De la traducción:
Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2015

ISBN: 978-84-9109-052-6

D.L.: SS-1372/2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JON ARRETXE

JUEGOS DE CLOACA

Traducción de Cristina Fernández

erein

I ALOU



1

El paso del Nazareno se detiene bajo los neones de El Edén y los costaleros que llevan a hombros la imagen de Jesucristo aprovechan la pausa para tomarse un descanso. Sobre sus cabezas, algunas prostitutas, desdibujadas entre penumbras, asoman por las ventanas entreabiertas intentando ver la procesión al amparo de la noche. Negro, blanco, morado, una larga hilera de capirotes vertebrada el desfile a lo largo de la calle de Las Cortes, conformando un nutrido séquito de rostros encapuchados que emergen a contraluz desde el resplandor flamígero de antorchas y cirios. Las trompetas y los tambores resuenan estentóreamente, se alzan los estandartes de las cofradías y las enormes cruces labradas. Y los penitentes, algunos descalzos, otros arrastrando gruesas cadenas, expían sus pecados secretamente bajo el anonimato de las capuchas.

Las cámaras de seguridad, instaladas en varios puntos estratégicos, van registrando todo lo que sucede en el barrio durante las veinticuatro horas del día. Al otro lado de los objetivos, el policía encargado de supervisar las imágenes se pregunta si tiene sentido una procesión en este lugar que para él, como para otros muchos, no es más que la cloaca de la ciudad, un vertedero humano. Casi le divierte imaginar lo que estarán pensando esas putas que hay asomadas a las ventanas. Seguro que están sorprendidas de ver así, de repente, semejante gentío en la Palanca. Aunque ¿a quién le importa lo que piensen o dejen de pensar esas mujeres? Desde la calle ni siquiera han reparado en ellas, pero un potente foco las deslumbra súbitamente, haciendo que se precipiten al interior buscando la penumbra. La luz da de lleno en la fachada del club, dirigiendo todas las miradas hacia el balcón central. Desde ahí, tres viejos andaluces están a punto de entonar unas saetas. Hace tiempo eran las prostitutas de la Palanca quienes cantaban coplas en la procesión de Semana Santa, aunque entonces las putas eran nacionales. Ahora, sin embargo, la mayoría vienen de muy lejos, les resulta extraña toda esta puesta en escena y, además, tampoco es el fervor religioso lo que más las caracteriza.

Uno de los hombres del balcón, micrófono en mano, se arranca a cantar: “¿Quién me presta una escalera para subir al madero, para quitarle los clavos a Jesús el Nazareno...?”. Y mientras, otro empieza a echar flores a la imagen que tienen justo debajo. A pesar de que la megafonía

no funciona muy bien, el viejo se deja el alma en cada nota de esa saeta que está dedicando con ojos lacrimosos al Cristo de Medinaceli. Pero toda esa emoción, engullida por el estruendo de las trompetas y los tambores que hacen sonar sin tregua las cofradías, resulta baldía.

El desfile fluye lentamente recorriendo poco a poco las principales arterias del barrio, es una larga serpiente que todavía desliza su cola a lo largo de Las Cortes cuando la cabeza ya está de vuelta por la calle paralela, San Francisco. El público es de lo más variopinto: entre la gente apiñada en las aceras hay personas de toda condición, si bien es cierto que hoy esta Pequeña África ha sido tomada por los habitantes del Bilbao Blanco, que han llegado hasta aquí, quién sabe si arrastrados por su devoción cristiana o por el folklore, quizás por el morbo que les produce entrar en territorio tabú. Sea como sea, la mayoría sólo se aventura a pisar estas calles una vez al año, precisamente cuando sacan los pasos de Semana Santa, una parafernalia que la población habitual del barrio contempla con indiferencia desde el otro lado de la barrera. Entre ellos, sólo a unos pocos les importa algo la procesión, aunque no precisamente por su significado religioso ni tampoco por su valor antropológico, simplemente son aquellos que ven en las aglomeraciones una buena oportunidad para trabajar en los bolsillos ajenos. En estos individuos debe concentrarse el vigilante de las cámaras. Ni pasos ni saetas ni capuchinos ni tampoco parroquianos que se apelonan estirando el cuello

o alzando el teléfono móvil sobre la multitud, intentando no perderse detalle; nada de eso tiene interés para él, sólo son distracciones que debe evitar mientras aguza la vista intentando separar el grano de la paja, siempre al acecho de yonquis, moros y otra gentuza sospechosa.

De repente, una de las imágenes hace arquear las cejas al policía en un acto reflejo de sorpresa. En una de las pantallas aparece un viejo conocido, uno de los miles de africanos asentados en San Francisco, un tipo del que no se sabía nada hacía tiempo, pero que ahora vuelve a captar toda su atención.

—Vaya, vaya... ¡Mira a quién tenemos por aquí!... ¿De dónde sales ahora, Mahamoud Touré? —dice el vigilante, sin despegar la vista del monitor, dentro de esa sala en la que no hay nadie más que él.

El controlador sabe de primera mano quién es ese burkinés, nunca le ha tenido aprecio, pero casi hasta siente lástima al ver su aspecto, andrajoso, sucio, carente de dignidad. Busca un plano más cercano de su rostro y comprueba que ya no es el mismo hombre de antes. Se ha convertido en un vagabundo, tiene toda la pinta de ir borracho o drogado, con los ojos inyectados en sangre, la mirada enajenada... No sería extraño que hubiera perdido la cordura, sobre todo después de lo de su hija: el asesinato de ella y la desaparición de su bebé, secuestrado y descuartizado para alimentar el tráfico de órganos y la ambición de la mafia nigeriana. El controlador también tiene una hija, también de dieciocho años, la misma

edad de aquella chica, y en su fuero interno intuye que, después de todo, quizás debiera sentir un poco de empatía con Touré, o al menos algo de compasión... Busca en su interior, pero hace tiempo que su alma ya no alberga ese tipo de sentimientos, y además ¡qué demonios!, aquella cría no era más que una puta, una más de todas las que llegan sin cesar de África para robar y contagiar sus enfermedades en ciudades como Bilbao, y si le dio por liarse con la mafia nigeriana, ya sabía a lo que se arriesgaba.

El burkinés, gracias a sus supuestas artes adivinatorias, tenía cierto prestigio entre los africanos más incautos de San Francisco. Sin embargo, no era más que un sin papeles, y su situación irregular hacía de él una marioneta de la Policía, que no dejaba de presionarle en su empeño por sacarle algún chivatazo. Hasta que mataron a su hija. Entonces Touré desapareció del barrio y la Policía se olvidó de él. Ahora ha vuelto, pero no como antes, no parece el mismo de siempre. El vigilante no le quita ojo, le da mala espina.

Touré baja por la calle San Francisco, camina por la angosta acera hasta cruzarse con el primer grupo de capuchinos. Se detiene, es fácil verle, su estatura le delata allá por donde va. La gente está pendiente de la procesión y el vigilante piensa que quizás el burkinés tenga la intención de robar alguna cartera. Enfoca hacia sus manos, las tiene metidas en los bolsillos, pero un leve movimiento le pone alerta. “¡Ya está! Ahora abrirá con disimulo el

bolso de la mujer que tiene al lado”, piensa. Y el africano saca su mano derecha del bolsillo, pero no, no la mete en ningún bolso, sino entre sus propias ropas, a la altura de la cintura, donde lleva oculto un cuchillo de grandes dimensiones. “¡Qué hostias...!” exclama el policía, y avisa de inmediato a sus colegas de los puestos de control a pie de calle. Pero no da tiempo a hacer nada. Cuchillo en ristre, Touré abandona el grupo de espectadores y cruza la calle irrumpiendo en el desfile con paso decidido. Los ojos desorbitados de los cofrades irradian pavor a través de los orificios de las capuchas mientras la gente de alrededor empieza a gritar aterrorizada. Esta noche los héroes se han quedado en casa, nadie se atreve a interferir en el camino de un loco de casi dos metros que ostenta un cuchillo carnicero. Entre empujones, tropiezos y caídas, nada le detiene mientras se abre camino a través de la comitiva de penitentes para llegar hasta el locutorio que hay al otro lado de la calle. A la puerta del establecimiento, un grupo de hombres negros se ve sorprendido por la embestida. Uno de ellos recibe una cuchillada en el pecho, el metal afilado le abre las carnes pero el golpe no es muy certero, una costilla impide que la hoja penetre hasta el fondo y el atacante yerra produciéndose un corte en la mano antes de dejar caer el arma.

El policía de la sala de control contempla la escena atónito. Ni por lo más remoto se imaginaba que Touré fuera capaz de un acto tan violento. Pero sí, ha sido capaz, y aún no ha terminado. El cuchillo ensangrentado

está en el suelo, junto a unas cuantas velas partidas y algún capirote pisoteado en la espantada que se acaba de producir. Mientras el agresor se agacha para recuperar el arma, su víctima se lleva la mano a la herida y trata de huir, pero hay demasiada gente hoy en la Pequeña África, y se ve atrapado frente al muro infranqueable de la muchedumbre. En ese momento hay tanta gente que apenas se puede caminar, los más próximos al escenario de la agresión se han apartado cuanto han podido, pero la mayor parte del público continúa absorta en el desfile, y entre la percusión y las trompetas es difícil que se den cuenta de lo que está sucediendo prácticamente a su lado, no dan mayor importancia a los empujones y vaivenes de la marea humana. Ellos tan sólo se preocupan de capturar las escenas más interesantes con sus cámaras, móviles y palos de *selfie*. Mientras, el agredido apenas logra avanzar unos metros porque le cierra el camino una de las bandas, que sigue tocando como si no pasara nada. Sólo cuando ven la sangre y el destello de la hoja acercándose sustituyen la música por expresiones de pavor.

El controlador considera una suerte que la mayoría de la gente no se entere de nada; el pánico prende como la pólvora y una avalancha podría tener consecuencias terribles. De cualquier modo, no sería responsabilidad suya; él ha cumplido dando aviso inmediatamente. Y aún así, ese infortunado no tiene nada que hacer. Touré le da alcance enseguida, llega hasta él blandiendo el cuchillo y

le apuñala otras dos veces, de tal suerte que tampoco ahora atina en los golpes. Primero le lacera un brazo y luego le pincha en la cintura, pero ni siquiera esta última es la herida definitiva. La víctima, en un acto de desesperación, se agarra como una lapa a un encapuchado que porta una gran cruz, uno de los penitentes que caminan descalzos, con los pies encadenados. Quizás por eso no ha podido alejarse tanto como hubiera querido, por eso y porque le ha paralizado por sorpresa ese abrazo que huele a muerte. El herido, con la respiración jadeante y los puños crispados, arranca la capucha del cofrade implorándole auxilio con la mirada, pero éste sólo puede contemplar aterrorizado cómo va tiñéndose de rojo el paño blanco de su capa. Cuando consigue reaccionar, intenta despegarse del africano, aunque no le resulta tan fácil, ni siquiera a golpes de cruz puede librarse del hombre que se aferra desesperado a sus ropas, y el miedo empieza a galopar en su pecho en cuanto ve aproximarse al del cuchillo. Al final, es precisamente Touré quien termina de separarles. Propina un buen empujón al hombre de la túnica blanca, ahora roja, y agarrándole por la pechera, obliga a levantarse al que es objeto de su furia, alza una vez más el cuchillo sobre él y..., cuando está punto de dar el golpe fatal, llega la Policía: dos ertzainas se abalanzan sobre el burkinés, lo tiran al suelo y lo inmovilizan después de arrebatarse el arma.

2

Dicen que el amarillo es el color de los locos. No sé si será verdad, pero de ese color eran las paredes del CIE y pensé que, seguramente, más de uno habría perdido la cordura allí encerrado. Esa idea me obsesionaba, temía que me sucediera a mí lo mismo, no podía pensar en otra cosa, las miradas perdidas de los internos no me dejaban. Tenía la sensación de estar en una isla llena de zombis, autómatas que cada mañana se despertaban con la misma amargura dibujada en el rostro, caras de desesperación, de cansancio, de rabia contenida, de asco... Supongo que a la mayoría le resultaba difícil comprender el motivo por el que habían sido conducidos hasta aquel centro de internamiento para extranjeros, hasta aquella cárcel, en definitiva. Yo me pasaba horas y horas enfrascado en mis pensamientos, como si a base de darles vueltas y más vueltas pudiera desmenuzarlos, cuando lo único que conseguía era convertirlos en una bola fibrosa imposible de digerir. Un día me miré en el espejo y volvió a mí la idea recurrente de la locura. Entonces me di cuenta de que todo aquello que yo veía en los demás era en realidad un reflejo de mí mismo.

Después de que asesinaran a mi hija y a su bebé se me quitaron las ganas de vivir, creo que realmente llegué a tocar fondo. Un día me puse hasta el culo de heroína y, decidido a terminar con todo, bajé hasta el borde del Nervión pensando en tirarme a sus aguas. Pero me acojoné.

Ni siquiera eso supe hacer, y lo único que arrojé al río fue mi teléfono, aquel maldito trasto que no dejaba de sonar torturándome cada vez que se iluminaba la pantalla con el nombre de alguna de las pocas personas que aún me apreciaban: mi compañero de piso, Osmán; mi colega marroquí, Xihab; mi querida Cristina... Me dolían aquellas llamadas, no quería hablar con nadie, sólo quería que me dejaran en paz. Así que, después de deshacerme del puto móvil, me largué de San Francisco, abandoné la que había sido mi casa desde que llegué a Bilbao, dejé atrás a mis amigos de la Pequeña África y empecé a vagabundear por ahí buscando la soledad. Pasaba los días a la deriva y las noches acurrucado en cualquier agujero que bien podía estar bajo el puente de La Peña, entre las chabolas de Zorrozaurre o en los pabellones abandonados de Basurto. Sin ánimo ni fuerza para luchar, me dejé llevar por mi destino. No había tenido huevos para matarme, pero no hace falta tanto valor para dejarse morir. Quizás, de una manera inconsciente, ése era en realidad mi plan. Y sin embargo sobreviví, lo hice gracias a la solidaridad de otros que no estaban en una situación mucho mejor que la mía.

Una noche me desperté sobresaltado en la fábrica abandonada donde dormía. Había más gente allí, otros indigentes, muchos de ellos extranjeros sin papeles, como yo. Un hombre dio la voz de alarma: la bofia estaba entrando, había que salir por patas. Yo escapé por los pelos, otros no tuvieron la misma suerte.

Bajo la presión de las redadas, fui acercándome de nuevo, poco a poco, a San Francisco, y finalmente me hice con un rincón para dormir entre los trenes abandonados de la estación de Bailén, próxima al barrio. Allí también iban otros africanos que tampoco tenían dónde caerse muertos, allí empezaron los rumores, allí resucitó mi rabia. Se decía que la mafia nigeriana había enviado desde París a un tipo de confianza para comprobar cómo iba el negocio de la prostitución africana en Bilbao, que en realidad aquel tío había venido para marcar el territorio, para hacer ver que ellos seguían controlando el tema. Por lo que se comentaba de aquel sujeto, de dónde venía y a lo que se dedicaba, llegué a la conclusión de que él era uno de los principales responsables de la muerte de mi hija. Me dieron la descripción del tipo en cuestión, así como la dirección del locutorio donde podría encontrarle. Sólo necesitaba un cuchillo para saciar mi sed de venganza, así que me hice con uno y fui a por él.

Pero yo no soy de esos sicarios que tienen la muerte por oficio, y, aunque no me faltó determinación, probablemente hice uno de los trabajos más chapuceros en toda la historia del crimen. Fallé en mi intento, no conseguí matar a esa rata y encima me trincaron en el acto. Así terminé en el CIE. Ni siquiera me encerraron en una cárcel de verdad, como habrían hecho si la víctima de la agresión hubiera sido autóctona y no otro pringado africano como yo, según me confesaron los propios policías.

Aunque he de decir que aquella no era la primera vez que me llevaban a un centro para extranjeros ilegales. Ya había estado allí anteriormente. En aquella primera ocasión, no fui deportado gracias a mis amigos de San Francisco y a algunos contactos que, por caprichos del destino, tenía con la *jet* de Bilbao. Nunca olvidaré lo que hizo por mí Cristina, mi preciosa pelirroja. Fue ella, sin duda, quien más se implicó para sacarme de allí. Pero también Osmán, mi amigo maliense, y todos los colegas que se movilizaron en la Pequeña África después del llamamiento de Xihab, el camarero del *Berebar*. Pero aquella segunda vez era muy diferente, ya no tenía a nadie influyente de mi parte y mis verdaderos amigos no tenían ni idea de dónde me encontraba.

Cuando uno entra en el CIE es como estar metido en un bombo, allí se sabe que aquello es una lotería, lo mismo puede tocarte salir en libertad o que te metan en un avión rumbo a tu país. De todas formas, yo era consciente de que mi futuro era muy negro, más oscuro que mi piel. Ya estaba avisado: si no me convertía en topo de la Policía de San Francisco, no me necesitaban para nada y terminarían facturándome en un vuelo hacia África. Encima, con el fallido intento de asesinato les había puesto en bandeja una disculpa genial para hacer conmigo lo que les viniera en gana.

El CIE siempre ha sido un lugar cutre, pero la segunda vez que pasé por allí fue una época especialmente dura. Por si no tenía bastante con mi desgracia personal

y todos los pensamientos negativos que me atormentaban, encima estaba el ébola. La epidemia castigaba sin piedad al continente africano y la mayoría de los que estábamos reclusos en el centro éramos subsaharianos. A los funcionarios, todos ellos policías, les delataba su mirada nerviosa: nos tenían miedo. Evitaban tocar hasta un hilo de nuestras ropas, si cualquiera de nosotros intentaba acercarse se echaban hacia atrás y nos hacían retroceder bajo amenazas, se cubrían la cara con mascarillas y nos tenían encerrados en nuestra celda casi todo el día, sin apenas darnos de comer ni de beber, sin dejarnos salir, ni siquiera para ir al servicio.

El desprecio puede tener muchas formas y desde que llegué a este que llaman “primer mundo” he conocido unas cuantas, pero lo de aquel centro de internamiento en Madrid ya era insoportable. Y lo peor no era que nos trataran como a leprosos, sino que al entrar allí nos despojaban de toda humanidad quitándonos incluso el nombre. Allí dentro sólo éramos un número. Por fortuna no tuve que esperar demasiado para que terminara aquello.

Un amanecer, mientras observaba entre los barrotes de la ventana el muro y la alambrada que nos separaban del resto del mundo, escuché unos pasos acercándose a la celda que compartía con otros internos. Se abrió la puerta y aparecieron dos tipos de complexión fuerte. Uno de ellos se levantó un poco la mascarilla para que pudiéramos oírle mejor y dijo un número. Era el mío. Me quedé quieto. El hombre volvió a levantarse la mascarilla

y repitió el mismo número, malhumorado. Entonces sí, me dirigí hacia la puerta.

3

Cuando uno de los maderos que nos acompañaban vigilando el vuelo desde España nos ordenó desembarcar, creí no haber entendido bien. Me sentí confuso y pregunté si aquél no era el aeropuerto de Bamako, y si no pensaban llevarme a Uagadugu.

–Uaga... ¿qué? –me respondió el poli, sin ocultar una sonrisa burlona–. Si quieres te ponemos un *jet* privado, ¿no te jode? Ya nos habéis causado bastantes gastos y molestias, así que de aquí en adelante os buscáis la vida –añadió con un gesto más serio.

No perdí el tiempo reclamando, pues no iba a servir de nada, y abandoné el avión con el resto de la gente, todos hombres subsaharianos, todos cabizbajos, tristes y avergonzados. Les iba a resultar muy duro volver a casa y explicar su fracaso, explicar el motivo por el cual regresaban con las manos vacías, las circunstancias por las que habían echado a perder inútilmente el dinero y las esperanzas de amigos y familiares.

Yo me sentía confuso, no tenía claro qué hacer con mi vida y, viendo las caras de los que bajaron conmigo la escalerilla del avión, llegué a pensar que en el fondo

había sido una suerte terminar en Malí en lugar de en Burkina Faso. No estaba preparado para afrontar ante mi familia la muerte de Sira, nuestra hija. ¿Cómo podría mirar a los ojos a su madre y contarle lo sucedido?, ¿qué diría a su hermanos presentándome así, como un perdedor?

Pero lo cierto era que me habían dejado tirado en Bamako y necesitaba un plan de acción. Antes de nada, empecé a pensar si tendría algún pariente por allí, quizás algún conocido... Sólo se me ocurría una persona, una de las pocas, además, cuyo número de teléfono sabía de memoria. Por suerte uno de los hombres que venían conmigo en el avión no tuvo inconveniente en prestarme su móvil y llamé a mi antiguo compañero de piso en la Pequeña África de Bilbao. Mientras esperaba a que respondiera, un amargo sentimiento de culpabilidad empezó a calar dentro de mí.

—¿Quién es? —oí por fin la voz de mi buen amigo, después de tanto tiempo.

—Soy yo, Touré.

—¡Touré! —tras la sorpresa inicial empezaron a salirle atropelladamente las palabras—. ¿Pero dónde te habías metido? ¡Si me estás llamando desde un número de Malí! Pero ¿qué...?, ¿qué narices estás haciendo ahí?, si...

—Me han deportado, Osmán —le interrumpí.

—No me extraña, después de la que liaste aquí la noche de la procesión. Ya estamos todos enterados, no te creas —su voz tenía un tono acusatorio, que iba en aumento—.

De todas formas, ¿cómo se te ocurre desaparecer de San Francisco sin decir una sola palabra? No teníamos ni idea de dónde estabas, incluso llegamos a pensar...

El veterano maliense quedó en silencio por un momento, que yo aproveché para retomar la iniciativa:

—Osmán, sé que te debo muchas explicaciones y lo siento. Te lo contaré todo al detalle en otro momento, pero ahora estoy apurado, no puedo enrollarme porque me han prestado un teléfono para que haga una llamada breve. Necesito un favor, estoy en Bamako y no sé adónde ir. Se me ha ocurrido que quizás tengas algún conocido por aquí.

—Sí, claro —le escuché suspirar— No te preocupes, mi familia vive lejos de la capital, pero tengo algunos buenos amigos por ahí. ¿Tienes para apuntar?

4

Cuando llegué a la BUMDA, la oficina en Bamako para la protección de los derechos de autor, no hizo falta que preguntara por mi contacto. Se trataba del hombre de visera, gafas de sol y camisa de manga larga que me esperaba en la explanada sin asfaltar a la entrada del edificio, una construcción sencilla en forma de barracón, de una sola planta, pero muy amplia y dividida en varios despachos.